



## La "industria" del status político

El Estado Libre Asociado perdió (no casi, sino totalmente) la batalla ideológica en Estados Unidos, y particularmente en Washington.

Después de la elección del gobernador Hernández Colón, los dos periódicos más influyentes en Estados Unidos comentaron el resultado. El New York Times (nov. 17) y el Washington Post (nov. 15), — periódicos que compiten intensamente, no por lectores, sino precisamente por influencia — escribieron esencialmente el mismo editorial.

Ambos quisieron decir: qué bueno que haya ganado Hernández Colón y que los puertorriqueños ahora van a suspender su terrible guerra sobre el status político. Ambos se lamentaron que el gobierno de Estados Unidos no le presta suficiente atención a los críticos problemas de Puerto Rico. Pero ambos insistieron en que Estados Unidos no está listo para resolver el asunto del status. Así que las elecciones, según ambos editoriales, significa una especie de moratoria, o tregua, en el conflicto sobre status.

Estos editoriales demuestran que ambos periódicos están totalmente bajo la influencia de lo que quiero llamar los "profesionales" del status político. Estos puertorriqueños y americanos han creado una nueva industria. Son como empresarios que montan un círculo de tres círculos. ¡Aquí están los estadistas! ¡Aquí los estadolibristas! Y, ¡aquí los independentistas! Y cada círculo ya con tanta experiencia en precisamente estos espectáculos, se dedica a exponer en forma absolutamente convincente por qué Puerto Rico debe ser Estado, República o Estado Libre Asociado.

Es importante apuntar que los editoriales se limitan a comentar cómo la elección de Hernández Colón afecta el conflicto sobre status.

Es evidente que los editoriales, cuando miran a Puerto Rico, no ven a una isla, a un pueblo, a un nuevo Gobernador, a una relación económica y política con Estados Unidos: solamente ven un conflicto. Para ellos, Puerto Rico ES el "issue" de status.

Por eso es que el Washington Post comienza con el

lamento: "¿Qué va a pasar con Puerto Rico?" Coloca la palabra "commonwealth" en comillas: dice inmediatamente que somos "ciudadanos de segunda clase, y sobre todo, somos un 'estado de descontento'."

El New York Times comienza con ese mismo sentido de resignación. Continúa, dice, el "tranque" entre los estadistas y estadolibristas. Y termina diciendo que realmente nada va a ocurrir hasta que los puertorriqueños no lleguen a un "consensus".

¿Por qué estos editoriales?

Porque en Estados Unidos el Estado Libre Asociado ha perdido su realidad. Son editoriales casi idénticos a los centenares, o miles, que se escribieron en los primeros 50 años de este siglo: ¿qué vamos a hacer con el pobre Puerto Rico? No puede ser estado, no quiere ser independiente, y mientras los puertorriqueños siguen peleando entre ellos mismos, todo va de mal en peor.

Y esto es lo que ha producido la "industria del status". Es tremenda industria ya que el producto produce su propio mercado. Un buen ejemplo fue la gran conferencia que montó en Washington la World Peace Foundation en septiembre de 1983. Se montó el perfecto círculo vicioso: comienza con la tesis que los puertorriqueños están profundamente divididos: se invitan puertorriqueños expertos en abogar por cada fórmula: toda persona que los escucha sale convencida de solamente una cosa — que los puertorriqueños están divididos. ¿Conclusión? Hacen falta más conferencias como ésta.

Quizás el mejor ejemplo de esta industria es el importante libro del historiador inglés, Raymond Carr. Se le encomendó a Carr que hiciera un estudio sobre "la relación entre Puerto Rico y Estados Unidos". Pero para hacer esto, hay que dedicarse a describir el Estado Libre Asociado. Esa ES la relación entre Puerto Rico y Estados Unidos. Pero al mismo tiempo se le pidió a Carr que fuera "objetivo"; que no se alineara con ninguna de las tres alternativas. Así que Carr termina haciendo lo inevitable: no escribe de la

"relación" que existe, sino del debate sobre la relación. Carr, deliberadamente, se limita a decir lo que dicen los estadistas, los independentistas y los estadolibristas. No llega a ninguna conclusión. No puede, ya que tiene que ser "objetivo".

Y el libro de Carr, "Puerto Rico, a Colonial Experiment", termina donde comienza: — los pobres puertorriqueños han estado y están divididos.

Hay otros en Estados Unidos, como Robert Pastor de la Universidad de Maryland (antes en la Administración de Carter) que se han dedicado a elaborar planes para "resolver" el issue del status. Ya que los puertorriqueños están irremediablemente divididos, dice, le toca a Estados Unidos romper el tranque. Pastor ha escrito numerosos artículos, y dictado muchas charlas, con un plan enormemente elaborado para que Estados Unidos lleve a Puerto Rico, paso por paso, año por año, a la "solución final".

¿Cuál ha sido la consecuencia de todo esto?

Para los "profesionales", muchas conferencias en Washington, en Harvard y en otros lugares atractivos: muchos artículos y libros publicados en Estados Unidos: sobre todo, ese sentido de importancia que uno tiene cuando se dedica a "llamarle la atención a Estados Unidos" — a veces en el Congreso o la misma Casa Blanca.

Para Puerto Rico y Estados Unidos, el resultado ha sido una década perdida.

El Estado Libre Asociado — no como uno de tres argumentos en un debate, no como una participante en un concurso de belleza — sino como la realidad económica, política y cultural es vital para Puerto Rico e importante para Estados Unidos. Haber borrado al ELA como realidad, convirtiéndola en una abstracción ideológica, le ha costado mucho a Puerto Rico y Estados Unidos.

Vamos a ver este costo.

(Nota de Redacción: Este es el segundo de cuatro artículos de A.W. Maldonado sobre el ELA en Estados Unidos.)